

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



EN PRESENCIA DEL FARAÓN

Gracias a mi inestimable asociación con Rigel Anilam, los planes de ambos siguieron con un ritmo que hacía presagiar el éxito. Rigel continuó la construcción del userhat, la barcaza ceremonial que debería entregar al faraón para la ofrenda al dios Amen. Mis dotes disuasorias impidieron, por un lado, que la salud de mi socio se viera repentinamente afectada por algún que otro cuchillo clavado en su espalda, y yo, por mi parte, sembré la discordia entre las paredes de la casa del dios Maat.

Fue muy divertido.

Un día antes de que los enviados del faraón evaluaran a los candidatos, tuve un pálpito. La voz de Kemet pagaba muy bien a aquellos a los que mandaba directamente bajo su palabra. ¿Qué puede desear el siervo más rico de la tierra negra?

En efecto: ser más rico.

Me desplazé, con los atavíos oportunos, al templo de Maat, donde mi parecido físico con uno de los sirvientes del altar privado me llegó como un regalo inesperado. El templo de Maat, como otros, gustaba de obligar al culto a esclavos provenientes de las tierras conquistadas más lejanas.

-Veo que el oro del faraón cubre vuestros pies -oí decir al sumo sacerdote de Maat a la comitiva-. Yo puedo daros el restante para sumergiros por completo. Más aún, libraros del pago de diezmos, tierras provechosas para siembra, quizá alguna hembra joven y sin tocar.

Oro, tierra y mujeres, no me decepcionó.

Esperé a que el ofrecimiento del sacerdote corrompiese por

completo a los enviados del faraón. Necesitaba que aceptasen de palabra, abiertamente. Incluso se negociaron los plazos. Por supuesto, y a cambio de un adelanto de oro en un cofre que el sacerdote entregó de inmediato, pidió la cabeza de Rigel, ¡como si le fuera a servir de provecho alguno!

Llegó entonces mi momento. Se despidieron y la comitiva cogió un largo pasillo que comunicaba la parte del templo reservada a los ritos privados del vestíbulo principal, de libre acceso. En cuanto el incógnito me lo permitió, actué.

Debía ser del todo convincente.

Les seguí por detrás en silencio unos metros. Luego apagué las antorchas con unas ráfagas de energía y, en oscuridad, obré la señal. Antes de irme, prendí de nuevo las llamas, pero esta vez me aseguré de que fueran de un inquietante azul oscuro. En el imaginario de los habitantes de Kemet, el reino de los muertos era oscuro e iluminado con candelas de llama azul o negra.

Cuando pudieron volver a ver, descubrieron con horror cómo en sus ropas les había dejado un claro mensaje:

“Los dioses están con el faraón. El ojo del faraón ve toda la tierra negra. Ningún oro vale más, ni por cantidad, al que da el faraón de su mano”.

Era importante subrayar al faraón.

Lo realmente divertido llegó al día siguiente, cuando el sacerdote supo que había aparecido un cofre de oro en aquel pasillo rodeado de heces humanas. El miedo suelta el vientre, pero no es la conclusión a la que llegó el pobre desgraciado. En su terror, se convenció de que la comitiva le había tentado para probar su fidelidad al faraón, y ésta no era sino una forma de decirle que no había pasado la prueba.

La siguiente sería una muerte horrenda, asumí.

Inesperadamente para mí, lo que sólo era una estratagema para asustar a la comitiva y preservar la igualdad en el proceso se convirtió en el abandono inmediato del templo de Maat.

Al principio pensé que los siguientes días serían de lo más aburrido, no tenía nada que hacer salvo ayudar a construir una barcaza. Sin embargo, la cultura de Kemet y el talento de Rigel me hicieron pasar las jornadas con agrado, sobre todo por tener que hacer mi parte sin usar mis habilidades astrales, ya que era uno de

varias docenas de personas involucradas en el proyecto.

Finalmente, llegó el día.

Llegó un destacamento de soldados junto a la comitiva. El userhat debía ser inspeccionado en persona por el faraón, pero no saldría de palacio, mucho menos para ir a la casa humilde de un herrero. Borearíamos el río Iteru en un viaje de tres días con el userhat, custodiados por los soldados.

Y por fin, estaríamos en su presencia.